



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9670

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península:—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

SABADO 27 DE ENERO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico á su letra de (céd.) banco. Responsables en Paris, A. Lorette, y G. Comant, Sr. J. de Jones, Fabre y Monsarrat, 31.

NOVEDADES

EN EL MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cero. Gran precisión.—Hornillos para planchadoras, sastres y sombrereros para calentar 6 planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—Catres de campaña con somiers que pueden trasportarse fácilmente.—Cocinas con hornos muy económicas.—Mosaicos de madera para sustituir el alfombrado.—Estufas Choubertki nuevo modelo.—Gas y electricidad.—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad.

PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA

BIBLIOGRAFIA.

Elementos de Química Analítica aplicada al ensayo y análisis de las sustancias de origen mineral, por D. Antonio García Parreño, Ingeniero industrial.—Cartagena Imprenta y Litografía de M. Ventura.—1893

Difícilmente halla ocasión el aficionado á los estudios bibliográficos para dar cuenta á los lectores de los periódicos que se publican en poblaciones como Cartagena, más mercantil é industrial, que literaria ó científica, de ciertos trabajos de la inteligencia que suelen aparecer de vez en cuando, pero siempre en épocas tan apartadas entre sí, como lo están las revoluciones solares del planeta Júpiter.

El mal que señalamos, con ser grande, no lo es tanto ni tan lamentable como algunos pudieran creer; porque entre carecer en absoluto de producciones científicas que lleven nuestro sello regional, ó tenerlas de escaso mérito y de probada inutilidad, preferible es el primer extremo; el cual tiene la ventaja de estar más en consonancia con nuestro modo de ser y de vivir,

que nos lleva con más facilidad á quemar incienso ante los altares de Mercurio que ante los de Minerva.

Como escepción singular y muy digna de ser alabada, podemos señalar hoy la aparición de un buen libro, esencialmente cartagenero, pues todo él, espíritu y cuerpo, se ha formado al calor de este ambiente, y en su génesis, gestación y alumbramiento no ha intervenido ninguna potencia extraña á este país. El Sr. García Parreño distinguido Ingeniero, eminente Químico y autor de la obra con cuyo título iniciamos estas líneas, empezó aquí sus trabajos de Laboratorio, alcanzó pronto una nombradía que salvó mares y fronteras, ilustró con sus análisis y ensayos á mineros, fundidores y comerciantes, hizo posibles con sus consejos y con la especialidad de sus conocimientos el desarrollo de nuevas industrias y contribuyó en singular manera á dar impulso á las grandes especulaciones mercantiles, nacidas en la venturosa época en que la exportación de nuestros minerales alcanzó su mayor apogeo.

Desde entonces, sus trabajos de Química analítica han sido incesantes y variadísimos, extendiéndose hasta aquellos cuerpos cuyos compuestos son muy raros en la naturaleza, y ha podido someter á su propia experiencia el valor de los procedimientos recomendados por las celebridades químicas que sobre tan difícil materia han escrito, sancionando la bondad de los unos, haciendo ver la inexactitud de los otros, ó modificando ventajosamente aquellos que sólo necesitaban ligera variación para ser aceptables.

Con estos prodromos ¿quién podrá extrañar que el libro de que nos ocupamos haya aparecido con los caracteres de madurez, sazón y autoridad que debiera exigirse á todos los que para el público escriben? El Sr. Parreño es de los que creen y practican el precepto de que en las ciencias experimentales, lo primero es estudiar, trabajar y

aprender; y después no viene mal el enseñar. Al revés de lo que hacen muchos autores, que empiezan cambiando los términos, y acaban, como es natural, por dgr. á todo el mundo una prueba palpable y evidente de su ignorancia y osadía.

En los detalles del libro no podemos entrar, porque nos lo vedaría indole del periódico; pero á los amantes de esta clase de estudios podemos asegurar, por nuestra condición de medianos aficionados, que en él encontrarán los mejores y más originales trabajos de Química analítica, que se han publicado en nuestro idioma.

Terminaremos dando las gracias á nuestro buen amigo por habernos tenido en su memoria, al dedicarnos un ejemplar de su obra; y dedicada atención que le agradeceremos siempre, y á la cual correspondemos con gusto consultándola en nuestras dudas, y poniéndola en nuestro estante al lado de las de Rose, Woehler, Gerhardt, Chancel y Fresenius.

Escombreras, Enero de 1894.

Francisco Munuera Arnaez.

TIJERETAZOS

Hasta el tiempo es enemigo nuestro en Melilla.

El vendabal destroza las tiendas y el agua inunda los campamentos.

De allí no sacaremos nada probablemente.

Pero nos mojaremos de lo lindo.

Es decir se mojarán los soldados.

Ahora parece que los que asaltaron la otra noche la casa de Benacocar en la provincia de Cádiz son anarquistas.

De todos modos es igual.

Para el muerto y herido que resultaron de la refriega el resultado es idéntico.

Y tanto monta una bomba Orsini como una puñalada.

En el Bajo Aragón también han aparecido partidas de ladrones.

Y una de estas noches asaltaron una cabaña de pastores y se llevaron la comida.

Eso es hambre.

¿Quién sabe si esos ladrones serian personas decentes teniendo á su disposición donde ganar un jornal.

El general Martínez Campos va en viaje triunfal á Marruecos.

Los moros se le presentan haciendo zalemas y le agasajan y le obsequian á porfia.

Al freir será el reír.

Veremos en qué quedan las zalemas cuando les exija la indemnización de guerra.

Nuestro embajador en Paris telegrafía diciendo que la Cámara francesa no aprobará los proyectos proteccionistas contra los vinos españoles.

Cuando lo veamos lo creeremos.

¡Hay tantos diputados proteccionistas en la Cámara francesa!

Dice un telegrama que el gobierno se ha preocupado mucho con el atentado de que ha sido víctima el gobernador de Barcelona.

Y nosotros que creíamos que se preocupó ya cuando el atentado de la Gran Vía.

¡Lo que es no entender de preocupaciones!

Los amigos del Sr. Silveia le han dado un banquete para que pronuncie un discurso.

Y ahora los amigos de Cánovas quieren dar á éste otra comida para que conteste á aquél.

La manera de buscar la unión entre los conservadores no puede ser más ingenua.

Ni más torcida.

Por el procedimiento de los banquetes no se encontrarán nunca Cánovas y Silveia.

Y si no al tiempo.

NOTAS

No descansan los anarquistas en su obra de destrucción. Pallás, Vaillant, Codina, Morull han ilustrado con páginas sangrientas la historia de esa secta

de fanáticos que se han empeñado en regenerar el mundo por medio de la dinamita.

Las autoridades tienen la autoridad de poder hacer lo que quieren; pero la seguridad resulta un mito, porque los anarquistas no se arrepienten ni se enmiendan.

¿Pracáá un complot? Pues tíntidatamente se comienza otro. ¿No se trata al general Martínez Campos en la Gran Vía? Pues no faltará quien esparza el terror entre los concurrentes al Liceo.

El atentado cometido contra el gobernador de Barcelona pone el colmo á la medida y manifiesta de un modo concluyente, que aunque se reduzca á prisión una docena de anarquistas, un centenar ó dos, siempre quedará alguno suelto que siembre el terror entre sus convencidos.

El día 23, con motivo del santo del rey, se celebraba una revista militar en Barcelona y no obstante lo llamativo de la fiesta y la alegría que causa en la vista los colores de los uniformes y en los oídos el toque de los instrumentos, la Rambla permaneció desierta, temerosa la gente de que se repitiera el atentado del día de Sta. Cristina.

Ese hecho demuestra que Barcelona teme, que no está tranquila.

Tiene razón. Ahora en el último atentado habrá visto la confirmación de sus temores y nada de extraño tendrá, que con ese motivo hubiera perdido el último resto de serenidad.

La situación no puede ser peor. Por el Sur amenazan cuchillos de bandidos que secuestran, roban y matan. Por el Norte amenazan los anarquistas con sus bombas explosivas y con las balas de sus revólvers.

En tanto el gobierno se reúne y acuerda algo que no llega al dominio del público, y que por consiguiente no calma su miedo.

¿Que lo ha de calmar si los atentados se suceden con rapidez pasmosa, con tanta rapidez, que antes de que se borren los efectos de un atentado, ya se ha verificado otro?

El sumario instruido con motivo de los últimos atentados está concluso. En breve se celebrará la vista de ese proceso, negro más que ninguno, el cual ha de llevar al conocimiento de la opinión pública un cúmulo de horrores.

Esperábamos que fuera el último y nos hemos equivocado. Antes de que

amenazas que no tenían intención de llevar á efecto. Pero al pronunciar estas palabras de consuelo, que tenían por fin calmar los temores de las dos hermanas, Heyward no podía engañarse á sí mismo. Sabía que la autoridad de un jefe indio no se hallaba establecida sobre fundamentos muy poco sólidos, y que con más frecuencia la debía á la superioridad de sus fuerzas físicas, que á ninguna causa moral. El peligro debía pues calcularse, en razon del número de seres salvajes que lo rodeaban.

La orden más positiva de aquél que parecía el jefe, podía ser violada á cada momento, por el primer furioso que quisiera sacrificar una víctima á los manes de un amigo ó de un pariente. Apesar de su aparente calma y de su valor, tenía la desesperación y la muerte en el alma, cada vez que veía á uno de aquellos hombres feroces aproximarse á cualquiera de las dos desgraciadas hermanas, ó fijar sus sombrías miradas en unos seres tan poco en estado de resistir á cualquier acto de violencia.

Sus temores, sin embargo, se calmaron algo, cuando vió que el jefe reunía en tono de sí sus guerreros, para celebrar un consejo. La deliberación fue corta; pocos oradores tomaron la palabra, y la determinación fue unánime. Los gestos que todos los que hablaban dirigían al lado en que se hallaba el campamento de Webb, parecían indicar que tenían un ata-

que por aquél punto: esta consideración fue la que al parecer aceleró su resolución, y la que hizo que todos los movimientos de aquellas gentes, se llevaran á cabo con gran apresuramiento.

Durante esta corta conferencia, Heyward tuvo lugar para admirar la prudencia con que los Hurones habían hecho su desembarco, después de cesar las hostilidades.

Ya hemos dicho que la mitad de la isla la formaba una roca, al pie de la cual se habían detenido algunos troncos de árboles que las aguas habían llevado á aquél sitio. Habían escogido ese punto para hacer su desembarco, probablemente porque tenían no poder remontar la corriente que se formaba más abajo, al juntarse las dos caídas.

Para conseguirlo, habían conducido la canoa por tierra hasta mas allá de la estarata, habían colocado en ella las armas y municiones, y mientras que dos salvajes, de los mas diestros, se encargaban de guiarla, llevando tambien al jefe, los demás le seguían á nado.

De este modo habían desembarcado, en el mismo lugar que tan fatal fue para aquellos de sus compañeros que habían llegado antes, pero con la ventaja de ser en número muy superior, y de tener armas de fuego.

No se podía dudar que tales hubiesen sido las dis-

Deseando salir á toda costa de aquella cruel incertidumbre, y queriendo ensayar en una circunstancia tan apremiante el poder del dinero, dominó la repugnancia que experimentaba al hablar con su antigua guía, y volviéndose hácia Magua, que había tomado el tono y el aire de un hombre que debía ya dar órdenes á los demás, le dijo con acento amistoso y que denotaba confianza.

—Quisiera decir á Magua algunas palabras, que solo un gran jefe como él debe oír.

El indio se volvió, le miró con desprecio y respondió:

—Hablad; los árboles no tienen oídos.

—Pero los Hurones, no son sordos, y las palabras que pueden entrar en los oídos de los hombres poderosos de una nación, desvanecerían á los jóvenes guerreros. Si Magua no quiere escuchar, el oficial del rey sabrá guardar silencio.

El salvaje dijo algunas palabras con indiferencia á sus compañeros, que se ocupaban en preparar los caballos de las dos hermanas, y alejándose algunos pasos de allí, hizo seña con precaución á Heyward para que fuera á reunirse con él.

—Podéis hablar ya, dijo, si vuestras palabras han de ser tales como el Zorro-Sutil debe oírlas.

—El Zorro-Sutil, ha probado que era digno del nombre honroso que le han dado sus padres cama-